 Tiempo de lectura: 7 min.

La fuente de mamá Margarita a los pies del Colle Don Bosco (años 60)

El pequeño Juanito creció en una dinámica familiar compleja donde su madre, Margarita Occhiena, desempeñó un papel crucial. Tras mudarse en 1817 a la casita de I Becchi, Margarita tuvo que criar a tres hijos de temperamentos muy distintos: el vivaz y emprendedor Juan, el apacible José y el problemático hijastro Antonio. A pesar de las tensiones familiares y la pobreza, esta mujer viuda y analfabeta logró dar a sus hijos una educación cristiana ejemplar, arraigada en la tradición piamontesa. Una pedagogía equilibrada entre el rigor y el cariño que moldeó la personalidad y la vocación del futuro fundador de los Salesianos.

Porque en las rodillas de su madre aprendió lo que es un sistema educativo

Cuando en 1817 la familia se mudó a la casita, esta incluía a Margarita Occhiena Bosco (29 años), su suegra Margarita Zucca (65 años) y los tres jóvenes Bosco: Antonio Giuseppe, Giuseppe Luigi y Giovanni Melchiorre (de 9, 5 y 2 años respectivamente).

Los tres chicos Bosco eran diferentes entre sí. Giovanni era vivaz, perspicaz, imaginativo, emprendedor, con un gran deseo de descubrir y aprender; parecía que había nacido para ser un líder. Su hermano Giuseppe, en cambio, era esencialmente un seguidor. Aparte de alguna ocasión en que se mostró voluble y testarudo, era generalmente amable y de modales dulces, paciente y reservado. Por el contrario, Antonio, el hijastro de Margarita, parece —según los datos ofrecidos por las Memorias y otros testimonios recogidos por Lemoyne— que desde el principio fue problemático. Huérfano de madre a los 4 años y ahora sin padre, parece que se sentía un extraño en casa, aunque fuera el mayor de los hermanos; sin embargo, al alcanzar la mayoría de edad (que en aquel tiempo era a los 21 años), se convertiría en el cabeza de familia, según la costumbre piamontesa. Al crecer se mostró más difícil. Se le describe como desobediente e irrespetuoso con su madrastra, a pesar de la dulzura y la atención que ella le prestaba. Más tarde, lo vemos obstinado y contrario a la asistencia escolar de Giovanni. Los dos, además, tenían un carácter incompatible que tensaba sus relaciones. Parece que después de la muerte de la abuela paterna, Margarita Zucca († 1826), Antonio, de dieciocho años, se había vuelto aún más huraño. Por otro lado, era él quien soportaba el mayor peso del trabajo agrícola. La preocupación de que el conflicto en casa

pudiera volverse más serio y peligroso, convenció finalmente a Margarita de la oportunidad de enviar a Giovanni a trabajar como mozo en una granja cercana, hasta que se resolvieran las cuestiones relativas a la división de la propiedad entre los hijos. Debemos reconocerle la capacidad de mantener unida a la familia, a pesar de las tensiones, y evitar el completo aislamiento de Antonio.

En la biografía edificante de Margarita escrita por Lemoyne se recogen muchos ejemplos de su espiritualidad y devoción. Se la describe como una mujer piadosa y devota, con un carácter fuerte, totalmente dedicada a sus hijos y al servicio de Dios y del prójimo. El biógrafo destaca en particular su actividad como educadora cristiana, tal como hicieron los testigos en el proceso diocesano para la beatificación de Don Bosco. Leemos cómo supo cuidar la educación de sus hijos enseñándoles el catecismo, llevándolos a la iglesia, preparándolos para los sacramentos, etc. Dirigió sus mejores esfuerzos sobre todo a su desarrollo como personas, ya que deseaba dar a sus hijos una fuerte conciencia moral y los recursos espirituales y humanos para el compromiso concreto en la vida. Les enseñó a sentir la presencia de Dios, a creer en su amorosa providencia, a vivir con honestidad e integridad, a amar el trabajo y el esfuerzo, a ser fieles a los compromisos, capaces de sentir y responder a las necesidades de los demás. Los educó en el optimismo cristiano y en la esperanza de la recompensa divina.

Además de la educación materna, muchos otros factores contribuyeron a formar a Giovanni desde el punto de vista moral, religioso y espiritual. En primer lugar, el carácter regional: los campesinos piamonteses eran personas industriosas, trabajadores incansables, perseverantes y también tercos en la consecución de sus objetivos, pero no por ello descorteses o asociales. Como sus antepasados, Giovanni creció con la pasión por el trabajo y el deseo de mejorar su condición, pasión que nunca condicionó su temperamento y su sonrisa siempre dispuesta. Un segundo factor lo constituye la fe católica que impregnaba la historia, la cultura y la identidad piamontesa desde la antigüedad. Las tradiciones católicas, profundamente arraigadas en las conciencias, eran alimentadas por la parroquia, centro de la vida social y religiosa. Las nuevas ideas surgidas de la Revolución Francesa, y divulgadas en el período del dominio napoleónico, fueron vistas con sospecha y temor, consideradas anticristianas, y no socavaron la identidad espiritual de la población. Moldeado en este ambiente, Giovanni no habría podido concebir una vida social, religiosa y espiritual fuera de la tradición del catolicismo romano.

Margarita entrenó a sus hijos para una vida de esfuerzo y austeridad: comida extremadamente sencilla, duros colchones de hojas de maíz y despertarse al amanecer. Pero sobre todo se esforzó muchísimo por enseñarles la religión, por

formarlos en la obediencia y asignarles los trabajos compatibles con su edad. La familia Bosco rezaba junta, mañana y noche. Don Bosco escribe en las Memorias del Oratorio: «Mientras era pequeño, ella misma me enseñó las oraciones; apenas fui capaz de asociarme con mis hermanos, me hacía poner con ellos de rodillas mañana y noche y todos juntos recitábamos las oraciones en común con la tercera parte del Rosario». Eran costumbres comunes en aquel tiempo entre las poblaciones piamontesas: oraciones en común, rosario cada noche; rezo del Ángelus tres veces al día al sonido de la campana, interrumpiendo todo trabajo. Aunque analfabeta, Margarita conocía de memoria las principales lecciones del catecismo. Al respecto, Lemoyne afirma: «Margarita conocía la fuerza de semejante educación cristiana y cómo la ley de Dios, enseñada con el catecismo todas las noches y recordada también durante el día, era el medio seguro para hacer que los hijos obedecieran los preceptos maternos. Ella, por lo tanto, repetía las preguntas y las respuestas tantas veces como era necesario para que los hijos las memorizaran».

El mismo Don Bosco confirma las palabras de Lemoyne y escribe, refiriéndose al momento de su primera comunión: «Sabía todo el pequeño catecismo, pero por la lejanía de la iglesia, era desconocido para el párroco y debía limitarme casi exclusivamente a la instrucción religiosa de la buena genitora».

Fue así como Margarita inculcó en la mente de sus hijos la idea de un Dios personal, siempre presente, misericordioso y justo a la vez. Y Don Bosco se mostró convencido de la presencia personal y constante de Dios, un Dios de infinita grandeza, pero también de infinito amor, que nos da «nuestro pan de cada día», que nos perdona los pecados y nos ayuda a nosotros, pobres pecadores, a no caer de nuevo en el pecado.

Cuando Giovanni alcanzó los siete u ocho años, Margarita lo preparó con atención para su primera confesión. El «pecado» adquirió para él un aspecto horrible y espantoso. Durante la Pascua de 1827, con una atención aún mayor, Margarita preparó a su hijo para la primera Comunión. Tres veces durante la Cuaresma lo acompañó al confesionario y cuando, en casa, Giovanni rezaba y leía un libro espiritual, ella, viéndolo entregado a la oración, le prodigaba sus consejos maternos. Cuando llegó el gran día, dejó a Giovanni solo en el silencio de su recogimiento. En la iglesia asistió a su «preparación» y al «agradecimiento» después de la Santa Comunión, ayudándole a repetir las oraciones que el párroco leía desde el altar.

Fue, pues, bajo la guía de su madre que el joven Giovanni vivió la experiencia personal de una vida sacramental que más tarde, como sacerdote, nunca se cansaría de inculcar a sus propios discípulos. La educación religiosa y moral de

Margarita pertenecía a la tradición piamontesa y la relación severa entre padres e hijos, típica de las familias piamontesas, la hacía aún más rigurosa. Pero estos rasgos estaban atemperados por su constante apelación a la razón y a la religión con tanta amorosa solicitud personal. El éxito de Margarita puede atribuirse a su sabiduría y a un estilo educativo iluminado que equilibraba todo el rigor vinculante de la tradición.

El biógrafo, refiriéndose a la especial atención de Margarita por Giovanni, en quien veía un potencial excepcional, escribió: «[La preparación de Giovanni] fue obra de Margarita, con sus santas industrias y su previsión, que no contrariaba, sino que iba modificando y dirigiendo a Dios las inclinaciones y los dones naturales, de los cuales estaba enriquecido Giovanni. Manifestaba una gran apertura de mente, apego a sus propios juicios, tenacidad de propósitos; y la buena madre lo acostumbró a una perfecta obediencia, no halagando su amor propio, sino persuadiéndolo a doblegarse a las humillaciones inherentes a su estado; al mismo tiempo no dejó medio sin intentar para que pudiera dedicarse a los estudios, y esto sin afanarse excesivamente y dejando que la divina Providencia determinara el momento oportuno. El corazón de Giovanni, que un día debía tener inmensas riquezas de afecto para todos los hombres, estaba lleno de una sensibilidad exuberante que entonces podía resultar peligrosa si se la complacía: Margarita nunca rebajó la majestad de madre a caricias inconsideradas, o a compadecer o tolerar lo que pudiera tener sombra de defecto; no por ello usó nunca con él modos ásperos o maneras violentas que lo exasperaran o fueran causa de enfriamiento en su afecto filial. Giovanni tenía en sí ese sentimiento de seguridad en el actuar, por el cual el hombre se siente naturalmente inclinado a sobresalir y que es necesario en quien está destinado a presidir a las multitudes, pero que con tanta facilidad puede transformarse en soberbia; y Margarita no dudó en reprimir sus pequeños caprichos desde el principio, cuando él aún no podía ser capaz de responsabilidad moral. Cuando, sin embargo, lo vea sobresalir entre sus compañeros con el fin de hacer el bien, observará en silencio sus andares, no contrariará sus pequeñas empresas, y no solo lo dejará libre de actuar a su antojo, sino que le procurará aún los medios necesarios, incluso a costa de sus privaciones. De tal modo ella dulce y suavemente se insinuará en su ánimo y lo doblegará a hacer siempre su propia voluntad».

Pero en conjunto, en el contexto cultural campesino, el retrato de Margarita como educadora ilustrada por Lemoyne suena veraz. Este reporta, tanto en la biografía como en las Memorias biográficas, ejemplos de su firmeza, de la gentileza y de la sabiduría que mostró como educadora cristiana. El biógrafo, sin embargo, se

concentra mayormente en el apoyo que Margarita dio a Giovanni, en cómo lo acompañó paso a paso en su camino vocacional.

Arthur J. LENTI, Don Bosco historia y espíritu, volumen 1, pág. 146